

# OLGA SALAR

*Deletreame  
Te Quiero*



Aprender a amar es, a veces, la lección más difícil de enseñar o asimilar.

Irene tiene un carácter protector que la lleva a estudiar Magisterio infantil y a proteger a todas las personas a las que quiere. Movida por ese afán de cuidar a sus seres queridos, sale con su hermana mayor a una discoteca para celebrar que esta vuelve a ser una mujer libre. Sin embargo, su noche se irá al traste cuando el hombre que la ha cautivado se interese por su hermana en lugar de por ella. Aunque el detalle la dejó tocada, Irene no habría vuelto a pensar en ello de no ser porque el primer día del curso escolar se topa con una sorpresa entre la fila de padres que acompañan a sus hijos al colegio. Desde ese momento, tendrá que lidiar con una niña huérfana de madre que apenas habla y que se aferra a ella en busca de afecto, y con el padre de la pequeña y su descomunal ego, solo comparable a su atractivo. Como era de esperar, el amor llegará despacio y casi sin darse cuenta, entre relatos de lobos y cerditos arquitectos, gatos abandonados, letras y desencuentros cargados de química.

*La palabra es mitad de quien la pronuncia, mitad de  
quien la escucha.  
Michel de Montaigne*

## Capítulo 1

La música sonaba tan alta que gritar no era suficiente para mantener una conversación, sino que también era necesario acercarse todo lo posible al interlocutor para escuchar sus respuestas o al menos tener una idea global de ellas.

La discoteca The Mermaid era una de las más famosas de la ciudad y la gente hacía cola en la puerta para comprar su entrada y bailar constreñida por la masificación de público que ocupaba la pista de baile. Algunos incluso estaban dispuestos a vender un riñón por tomarse una copa en los reservados con sillones y DJs exclusivos de la zona vip, a la que solo los más afortunados tenían acceso y siempre por invitación. La misma zona en la que Irene disfrutaba de su combinado sin alcohol gracias a los contactos de su hermana.

La decoración en esa parte del local era más ostentosa que en la principal. Allí las paredes estaban recubiertas con piedras de mosaico, similares a las de las piscinas de lujo, en las que se representaban seres míticos marinos, algas, corales... El diseño de guijarros al entrar en contacto con la luz estroboscópica de la discoteca confería la sensación de encontrarse en el fondo del mar.

Irene desvió la mirada de las paredes hasta los ocupantes de la mesa que había frente a ella.

—Deja de mirarlo como una boba y ve a decirle algo de una vez. —La aludida se encogió al sentir el grito de su her-

mana en su oído. Segura de que se había quedado sorda sin remedio.

Llevándose la mano a la zona dañada, se dio la vuelta en su asiento para mirarla y negar con la cabeza.

El hombre al que Lidia se había referido estaba sentado con su amigo a solo unos metros de distancia.

En un primer momento le llamó la atención que pareciera tan perdido como ella. Miraba la pista de baile de la discoteca con la misma desgana con la que lo hacía la propia Irene. Por desgracia para la rubia, sus similitudes terminaban ahí. El hombre no había mirado en su dirección más que una sola vez y con tan poco interés en lo que vio que no consideró oportuno hacerlo de nuevo. Detalle que le había permitido seguir observándole sin temor a ser cazada por sus ojos. Siendo sincera consigo misma, aunque lo primero que captó su atención fue su actitud esquiva, lo que mantuvo su interés fue su físico imponente.

Se recostó en el sillón gris azulado, acorde con la temática del local, y siguió observándolo a pesar de los suspiros de su hermana que se afanaba en hacer audibles.

Mirar no era pecado y, después de todo, no había ningún riesgo de que la descubriera. De hecho, Irene casi lo agradeció. Casi. Una pequeña parte de ella estaba molesta por haber sido incapaz de captar su interés.

Porque a pesar de que era una persona encantadora con la que era fácil conectar, nunca se le había dado muy bien el coqueteo, al menos, no lo lograba con aquellos que le interesaban. Aunque tampoco es que estuviera interesada en dar con el hombre adecuado. Siendo justos, la única razón por la que había accedido a ir a aquella discoteca ese caluroso viernes de finales de agosto estaba sentada a su lado y la miraba con abierta desaprobación.

Su hermana Lidia era tres años mayor que ella, tenía treinta y un años, y su carácter, sin lugar a dudas, era mucho más sociable y cercano que el de Irene, a quien le resultaba mucho más fácil relacionarse con niños que con

adultos. Sobre todo si estos últimos pertenecían al género masculino y jugaban en la liga de atractivos e interesantes.

Todo lo contrario que Lidia, quien seguía siendo cautivadora en cualquier circunstancia. Hasta el punto de no perder el buen humor y obligar a su hermana menor a disfrutar de sus vacaciones el mismo día en que había firmado los papeles de divorcio.

Como no pensaba darse por vencida con ella, Lidia volvió a intentar convencerla para que se acercara hasta el hombre al que había estado observando durante más de una hora.

—Las clases están a punto de comenzar, deberías darte algún capricho. —Volvió a gritar en su oído—. Vivir una noche loca. No hace falta que te quedes a mi lado, cuidándome. Estoy bien. Está todo superado.

—Y siendo sincera, si te quedas no se me acercara nadie —comentó con la clara intención de lograr que se sintiera culpable y conseguir así su objetivo. Que se lanzara a hablar con el objeto de su atención.

Irene estuvo tentada de hacerle caso solo para evitar que volviera a destrozarle los tímpanos, pero se lo pensó mejor. Puede que Lidia dijera que se sentía muy bien e incluso ella misma estaba dispuesta a admitir que se había tomado el divorcio con mucha entereza, no obstante, parecía demasiado tranquila siendo el día que era. Lo que resultaba impropio de la persona activa y entusiasta que siempre había sido. Y por otro lado, la idea de acercarse a él la ponía nerviosa.

De modo que se quedó dónde estaba y, como había escuchado que la mejor defensa era un buen ataque, decidió que su mejor respuesta era una provocación directa.

—¿Acabas de decirme que los hombres son caprichos que tenemos que darnos las mujeres para alegrarnos el cuerpo? —Sabía que lamentaría la pregunta. Por lo que se preparó para el inevitable grito de protesta que nunca llegó. La vida amorosa de su hermana era tan desastrosa co-

mo la suya propia, quizás peor, y Lidia, hasta el momento, no había hecho nada para mejorarla, por lo que su consejo sonaba un tanto hipócrita, y lo más extraño era que ambas lo sabían.

—¿Vas a predicar con el ejemplo? ¿Por fin vas a hablar con él? —preguntó sin mirarla—. ¿Le vas a decir la verdad?

Al no obtener respuesta giró la cabeza para toparse con su de repente muda y concentrada hermana, quien miraba anonadada al tipo de pelo castaño con el que había fantaseado, plantado frente a ellas.

Gonzalo no tenía ganas de entablar conversación con ninguna mujer. Aun así, se obligó a hacerlo porque su amigo Roberto llevaba toda la noche pidiéndole que se decidiera, e incluso él mismo era consciente de que tenía que hacerlo si pretendía pasar página y retomar su antigua vida. Una vida que, siendo justos, debía admitir que echaba de menos.

Ese mismo verano se había cumplido un año de la muerte de Marta, y tenía que salir adelante, por Paula y por él mismo. Había dejado demasiado tiempo su vida privada en *stand by* y había llegado el momento de retomarla.

Su actitud no se debía a que la muerte de su esposa le hubiera afectado tanto a nivel emocional que temiera volver a enamorarse y sufrir por ello. Nada más lejos de la realidad. Gonzalo era un escéptico que no creía en el amor romántico. Ni lo había hecho antes de su matrimonio, ni durante, ni tampoco estaba dispuesto a hacerlo en ese momento. Adoraba a su hija, pero el amor de pareja era otro tema. Un concepto demasiado cercano a la utopía como para creerlo real. No lo había visto en el matrimonio de sus padres ni en el suyo propio, lo que en un intelecto tan racional y organizado como el suyo venía a certificar que este no era más que una quimera que algunos tontos perseguían.

Se levantó y se acercó a la chica que, según Roberto, no había dejado de mirarle con interés durante toda la noche. No obstante, cuando estuvo frente a ella cambió de opinión. No cabía duda de que era una rubia preciosa, con una mirada dulce y unas piernas sensacionales, pero había algo en ella que le hizo pensárselo mejor. No parecía la clase de chica que se conformaba con una sola noche. Que estuviera dispuesta a vivir el presente y dejar que llegara el mañana sin pensar en él.

No supo responderse de dónde había salido esa percepción, puesto que vestía igual que la gran mayoría de las mujeres presentes en la discoteca, tacones de infarto y vestido ajustado de tirantes, sin embargo, lo supo. Sus ojos, su expresión soñadora... Algo en ella era distinto.

Compuso una sonrisa educada y centró su atención en la otra mujer sentada a su lado. Tenía el cabello unos tonos más oscuros que el de la rubia y parecía más dispuesta a una noche de locura que su amiga.

De entrada, le miraba de frente, al contrario que la otra, que mantenía la cabeza gacha.

Irene fue consciente del momento exacto en que el hombre que estaba frente a ella la descartó en favor de su hermana. Sintió un pinchazo en el estómago seguido de unas ganas enormes de vomitar el cóctel que había estado bebiendo.

Para confirmar que su percepción había sido correcta, él no volvió a dirigirle la mirada, se pasó la mano por el cabello castaño, esbozó una sonrisa perfecta y se sentó junto a Lidia en el sillón que quedaba a su izquierda, en el extremo opuesto al suyo. Su hermana se tensó, incómoda por el interés masculino que no había buscado. Le dijo algo al hombre, que Irene no logró escuchar, y sin avisar de lo que iba a hacer se levantó y se alejó, dejándola a solas con él.

Estaba claro que Lidia, que así era como se llamaba la otra rubia, había huido de él para dejarle vía libre a la más inocente, quien en esos instantes miraba a cualquier parte menos en su dirección. Roberto se lo estaba pasando de maravilla a su costa, comprendió Gonzalo cuando miró hacia la mesa de su amigo buscando ayuda. Suspiró resignado y se dio la vuelta para hablar con ella.

No se movió de donde estaba, renunciando a tomar el asiento que Lidia había dejado entre ellos vacío, no obstante, era una grosería ignorarla. Puede que no estuviera interesado en vivir una fugaz aventura con ella, pero la educación lo empujaba a romper el incómodo silencio que ni siquiera el volumen de la música parecía romper.

—Hola, soy Gonzalo —dijo, manteniendo las distancias. Irene solo acertó a verle mover los labios.

—¿Perdón? —Al contrario que él, ella inclinó su cuerpo lo justo para que la oyera.

—Me llamo Gonzalo. —En esa ocasión se acercó a ella y aspiró su dulce perfume. Se le hizo la boca agua, y a punto estuvo de maldecir en voz alta por tener conciencia.

No estaba interesado en hacer daño a nadie. Tan solo le interesaban las relaciones de una noche, sin embargo, tenía claro que no iba a mentir para conseguirlas. No lo había hecho antes y no iba a empezar a hacerlo ahora.

La sorpresa fue descubrir que, aunque no era la clase de mujer que buscaba, no podía evitar sentirse tentado. Muy tentado.

—Irene —dijo, y le ofreció la mano, como si presintiera que no quería compartir ningún tipo de intimidad con ella.

Gonzalo sonrió, sorprendido por su sensibilidad al darse cuenta del significado de su actitud, y correspondió al saludo. Sintió que sus dedos eran cálidos y suaves, aunque su apretón fue seguro y firme.

—¿A dónde ha ido Lidia? —inquirió ella, sintiéndose obligada a hablarle, después de todo, él había sido el primero en presentarse y no quería desairarle mostrándose taciturna o resentida.

—Al baño. Creo. No la entendí muy bien —contestó antes de dirigir la mirada hacia la pista de baile.

Volviendo a ignorarla.

Diez minutos después seguían sentados a una silla de distancia y sin mediar palabra entre ellos:

—Tu amiga tarda mucho, ¿no crees? —preguntó Gonzalo, consciente de que la situación era cuanto menos absurda.

—Quizás hay cola.

—Siempre hay cola en el baño de mujeres —respondió él, sonriendo.

Ella le devolvió la sonrisa, sorprendida por su aparente cambio de actitud, que parecía interesado en iniciar una conversación cuando apenas unos minutos antes él mismo era quien la había zanjado.

—Por cierto, Lidia no es mi amiga —explicó—. Es mi hermana mayor.

—Ya veo. Acabo de darme cuenta de que os parecéis un poco. —Gonzalo dijo lo primero que le vino a la cabeza puesto que en ese preciso instante se dio cuenta de dos detalles, el primero fue que Irene era mucho más atractiva de lo que le había parecido la primera vez que la miró y, el segundo, que había estado perdiendo el tiempo esperando a una persona que no iba a regresar.

Lidia no volvería hasta que estuviera segura de que había cambiado de opinión y había cambiado su objetivo a Irene. Algo que no iba a suceder nunca.

Con la misma sonrisa educada y distante que había estado ofreciéndole toda la noche, Gonzalo se levantó y se

despidió de ella, quien no pareció sorprendida por su huida.

Ni siquiera se sentó cuando llegó a la mesa que seguía ocupando Roberto.

—Vámonos de aquí. ¡Ya! Y por si alguna vez lo olvido, recuérdame que no siga tus consejos nunca más.

## Capítulo 2

Como venía sucediendo cada primer día de colegio durante los tres últimos años, Irene y Alicia habían quedado para desayunar juntas en la misma cafetería de siempre, a la que acudían todos los días una vez iniciado el curso escolar. Lo que la rubia no se esperaba era la reacción de su amiga al reencontrarse con Iván, el chico que las había atendido desde que pusieron, por primera vez, un pie en su establecimiento.

—Irene quiere lo de siempre, café con leche y dos tostadas con aceite y sal. Yo solo el café con leche, que estoy a dieta, por favor. —Y para sorpresa de ambos añadió—: A no ser, claro, que tú entres en el menú —comentó con una sonrisa provocativa—. En ese caso me olvidaré de contar calorías y puede que hasta me chupe los dedos cuando termine.

—Para ti siempre estoy disponible, Alicia. Ya lo sabes —bromeó este, guiñándole un ojo y, al mismo tiempo, alucinando por el inesperado comentario.

Irene esperó a que el camarero se alejara sonriendo esperanzado para recriminarla por su coquetería.

—¿Estás loca? Es Iván, el mismo al que el curso pasado ignoraste por sistema y día tras día.

—Lo sé. Supongo que le ha sentado bien el verano —dijo, encogiéndose de hombros y sin parecer afectada por la regañina.

—No es cierto —protestó Irene, arrugando el ceño.

Puede que su pelo estuviera más claro por el sol y que su piel pareciera miel, pero, en esencia, era la misma persona de siempre. Porque Iván no solo era un hombre encantador con don de gentes, también era atractivo e inteligente, que atraía la atención de las mujeres casi sin proponérselo. Unos años atrás decidió cambiar el derecho mercantil para regentar su propia cafetería, lo que, a ojos de Irene, demostraba su cordura; el problema era que nunca antes había estado en el punto de mira de Alicia. Ni siquiera el curso anterior, cuando él se había dedicado a lanzarle indirectas a diestro y siniestro.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que necesito un novio barra futuro marido? Pues lo digo. Tengo treinta y cinco años y sigo soltera, y si escucho a mi madre una vez más decirme que me he quedado para vestir santos, o a mi hermana reírse de mí por el mismo motivo, me tiro por el balcón —se quejó con exageración.

Irene la miró con incredulidad.

—Vives en un primero.

—Pues me tiro dos veces. ¡Aguafiestas!

Un instante después, en cuanto asimilaron la respuesta de Alicia, las dos comenzaron a reírse de sí mismas. No pudieron callarse ni siquiera cuando Iván volvió con los cafés con leche y las tostadas. Para Alicia, encontrar novio se había convertido en una obsesión por culpa de su madre y de su hermana pequeña. Una madre que le daba más importancia a un mal matrimonio que a un buen trabajo, y una hermana que cambiaba de pareja a la misma velocidad con la que se cambiaba de modelito.

La presión a la que estaba siendo sometida Alicia le estaba afectando más de lo que quería dar a entender a su amiga. Tanto que durante el verano se había dedicado a salir por sistema con todo hombre que se le pusiera a tiro y, dado su exuberante cuerpo, su cabello oscuro y sus grandes ojos castaños, había bastantes candidatos a su alcance.

La pena era que tras el primer encuentro se le habían pasado las ganas de que hubiera un segundo.

—¿Por qué no hay lugares donde escoger marido? Como los bancos de esperma. Allí incluso hay catálogos para elegir el aspecto que debe tener el donante: color de pelo, de ojos... Me parece increíble que se pueda conseguir eso y que dar con un novio que te abastezca de dicha sustancia de un modo placentero y directo sea tan complicado.

Irene se tragó una carcajada porque sabía que para su amiga aquello era un tema muy serio.

—Se pueden conseguir hombres a la carta en las webs de citas —comentó antes de darle un bocado a su tostada—. Creo que hay fichas donde puedes ver sus vídeos, sus fotos, conocer sus aficiones... Ya sabes, conocer la mercancía... antes de abastecerse. —Ahora sí que soltó una discreta risita.

Alicia hizo un gesto con la mano descartando la idea. Tenía una expresión seria y concentrada en el rostro.

—Por probar...

—No estoy tan desesperada —protestó apartándose el pelo de su melena midi detrás de las orejas.

—Pues lo disimulas muy bien —se rio Irene, ahora sin enmascaramientos—. ¿Iván? Por Dios, sabes que es un picaflores. ¿Cuántas novias barra amigas le conocemos desde que venimos aquí?

—Seguro que es porque no ha dado con la persona adecuada. Hasta los mujeriegos más recalcitrantes cambian por amor. Deberías saberlo.

—Sí —coincidió Irene—, en las películas y en las novelas románticas. Deberías saberlo...

Alicia arrugó el ceño al captar la pulla.

—Eres una descreída. No sé cómo puedo ser amiga tuya —dijo pareciendo asombrada por ese hecho—. Pero basta de hablar de mí. ¿Cómo lo llevas tú? Estás rozando la treintena, no puedes encantarte mucho o acabarás tan soltera y desesperada como yo.

—¡Cuánto daño a hecho Bridget Jones al ego femenino!  
—Su gesto de alzar los brazos y mirar al cielo le había dado cierto dramatismo a la frase, al más puro estilo de la heroína británica.

—Tú ríete todo lo que quieras, pero te aseguro que no es fácil ser soltera y mujer. Ya lo verás, ya...

Irene suspiró con exageración para resaltar su exasperación.

—Para empezar, aún no he cumplido los veintinueve, como muy bien sabes, y para terminar, después de lo de mi hermana, te aseguro que los hombres no están en mi lista de prioridades ahora mismo —confesó encogiéndose en su silla al recordar el calvario que había pasado Lidia desde el instante en que llegó a casa del trabajo, antes de lo que lo hacía cada día, y se encontró a su marido con otra mujer en su propia cama. Después de lo que había luchado durante los dos últimos años de matrimonio para lograr que funcionara... De todo a lo que renunció para mantenerlo.

—No puedes juzgar el amor por una mala experiencia. Y menos por una que ni siquiera ha sido tuya.

La aludida suspiró con cierta tristeza.

—Créeme, tengo experiencias propias que lo confirman.

—¿Como cuáles?

—No creo que tengamos tanto tiempo —bufó al tiempo que miraba la hora en la pantalla del teléfono móvil.

A Irene le encantaba el primer día de colegio, sobre todo si le tocaba recibir a nuevos alumnos, como era el caso de ese año. Ese curso se iba a hacer cargo de la clase de los más pequeños del centro. El año anterior se había despedido de su clase de los tres últimos años, los niños a los que había enseñado desde que se sacó su plaza y comenzó a trabajar en el colegio.